

¿Cómo apreciar una salvación tan grande?

1.1—2.4

... ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? (2.3).

Hay un himno titulado “The Church’s One Foundation” (“El único fundamento de la iglesia”), en el cual se presenta al pueblo de Dios viviendo en medio de “las dificultades y las tribulaciones”, esto es, en medio de la opresión de origen externo y el cisma y la herejía de origen interno. Si un escritor de himnos de hoy día, quisiera presentar las dificultades del pueblo de Dios en el siglo veintiuno, es probable que lo describiera de alguna otra manera. En el mundo occidental, nuestro problema no lo constituyen “las dificultades y las tribulaciones” de origen externo. Tampoco constituyen un gran problema el que seamos “por las herejías angustiados”. El problema de finales del siglo veinte y de comienzos del veintiuno, es que la iglesia está enfrentando la indiferencia de origen externo y la apatía de su propio pueblo.

VOCES AMENAZANTES

No es fácil saber qué decirles a las personas cuya lucha no es en contra de la persecución, sino en contra de la apatía. La apatía ha sido creada por una cultura que considera que el cristianismo se ha desgastado y está privado de un mensaje que valga la pena. Es desalentador notar que la gente que está aburrida del mensaje cristiano no simplemente renuncia a la religión. Se vuelven a religiones sustitutas. Para algunos, la ideología política es el nuevo “salvador”. Ella puede construir sus propios “cielos nuevos y tierra nueva”, especialmente cuando consume nuestras energías y nos promete su propio glorioso futuro. En tiempos recientes

una cantidad sorprendente de personas se ha vuelto a nuevas formas y teorías de la psicología, con el fin de “encontrarse consigo mismos”. La psicología es, por supuesto, una disciplina útil en muchas circunstancias. Pero algunas formas de ella pueden servir de religiones sustitutas, completas con promesa de liberación de la culpa, y de una salvación que se encuentra cuando se descubren nuestras verdaderas identidades. En otros niveles, especialmente entre los acaudalados, la salvación es buscada en todo lugar, menos en la iglesia. Muchas otras causas valiosas pueden convertirse en religiones si se las trata como la “preocupación de la más alta prioridad” de sus seguidores.

Si la iglesia es amenazada hoy día por las afirmaciones de otras voces, ello no sería la primera vez. En una fecha tan temprana como el momento en que se escribió la epístola a los Hebreos, ya la iglesia estaba en peligro de dejarse “llevar de doctrinas diversas y extrañas” (13.9). La iglesia siempre ha sido tentada a tratar de revivificarse abriéndole espacio a aquellas otras voces que hayan cobrado popularidad. Siempre ha habido gente que ha tratado de mostrar la compatibilidad básica que podía haber entre el cristianismo y el sistema político que estuviera en boga en el momento. Los alemanes del tercer Reich trataron de mostrar que había compatibilidad entre el cristianismo y el nacional socialismo; los marxistas trataron de mostrar su compatibilidad con el marxismo; los capitalistas han tratado mostrar que el cristianismo respalda el sistema de libre empresa. Hoy día somos tentados a tratar de revivificar a la iglesia importando las teorías más recientes de la psicología, de la sociología o del desarrollo humano,

combinando éstas con algunos términos cristianos. Es tentador tratar de encontrar la pertinencia que tengamos para el mundo externo dándole a éste un mensaje que apele a los gustos populares.

En cierta medida, este deseo de hablar el idioma de la gente es comprensible, pues lo que lo motiva es el deseo de comunicarse. Desde el tiempo de los apóstoles hasta nuestros días, los cristianos hemos reconocido la necesidad de hacerse “de todo” a todos. Cualquiera que haya tratado de proclamar el evangelio a una cultura diferente de la suya, sabe que la historia debe ser contada de una manera tal que los oyentes la entiendan.

No obstante, hay peligro en la adaptación. El mensaje puede estar tan adaptado a los gustos de la audiencia que la iglesia pierde la claridad de su voz. Comenzamos a creer que el interés en la vida de la iglesia sólo puede ser despertado si el mensaje afirma lo que ya es popular.

UNA VOZ CLARA (1.1-4)

En cierto sentido, es probable que el autor de Hebreos haya adaptado su mensaje a la audiencia. Este libro es único en su estilo y método de presentación. Es probable que esta diferencia de estilo se deba a los esfuerzos del autor por dirigirse a una audiencia diferente de las que recibieron los demás libros. Lo que más llama la atención de este libro, es su elegante estilo griego, tal vez el mejor del Nuevo Testamento. Los lectores han observado por siglos, que el autor de hebreos usa un vocabulario filosófico más amplio que el de cualquier otro del Nuevo Testamento. El escritor proclama el evangelio en términos que podían ser aceptados por personas educadas del mundo griego. De hecho, los primeros cuatro versículos de Hebreos están escritos en un estilo literario distintivo. La primera oración tiene una aliteración inigualada en el Nuevo Testamento (cinco palabras de la primera oración comienzan con la letra “p” en griego). Aun en el idioma español, estos versículos tienen un extraordinario impacto retórico. Así, el autor se adapta él mismo a sus lectores.

Pero hay un asunto en el que el autor no hace concesión alguna. Él desea que sus lectores reconozcan que Jesucristo no es simplemente una voz entre muchas. Los primeros cuatro versículos resumen lo que el autor dice en las porciones doctrinales del libro: que Jesucristo es la última y final palabra de Dios. Tal como la totalidad del libro lo sugiere, somos capaces de depositar nuestras esperanzas en una variedad de portavoces. Somos tentados a hacer de Jesús una voz entre muchas. En consecuencia, Hebreos se compone de

una serie de comparaciones. Jesús es comparado con los ángeles (1—2), con Moisés (3.1—6), con Josué (4.8), y con los sacerdotes levíticos (7.1—10.18). Pero el autor se mantiene siempre sin hacer concesión alguna: la fe cristiana descansa, no en la creencia de que Jesús es una voz entre muchas, sino en la creencia de que él es la última palabra de Dios. En este asunto no hay adaptación a los gustos de la audiencia.

¿Qué necesitaban oír los cristianos cansados que les ayudara a preservar su propia identidad cristiana? Necesitaban algo más que una charla de ánimo. Necesitaban conocer las verdades esenciales de la fe cristiana, las mismas verdades que ellos habían confesado en el momento de su bautismo. Tal vez las hermosas palabras de los primeros cuatro versículos del libro sean en realidad las palabras precisas que los lectores habían confesado una vez, al comienzo de sus vidas cristianas. Más de una vez el autor les recuerda a sus lectores acerca de su “profesión” o confesión (3.1; 10.23). Es una confesión, a la cual se les llama a considerar y a mantener firme.

La renovación de la iglesia no comienza cuando los miembros repiten palabras que sean populares y aceptables en su cultura. Ella comienza con el recordatorio de que la iglesia vive por una profesión de fe que no permitirá que Jesucristo sea una voz entre muchas. Antes de que el autor llame a sus lectores a mantener la fe (2.1—4), él les recuerda de la grandiosidad de la fe que ellos ya han profesado: La palabra final de Dios ha sido declarada en Jesucristo.

CREENCIAS ESENCIALES

Las iglesias han tenido su cuota de disputas cuando trataron de resumir las características esenciales de la fe cristiana. Se han escrito largos credos para determinar lo que constituye la más importante afirmación del cristianismo. Para el autor de Hebreos, la verdad fundamental es el lugar que Jesucristo ocupa en el mundo. En 1.1—4, el escritor usa uno de los términos favoritos de toda la epístola, para describir a Jesucristo: Él es el Hijo de Dios (1.2, 5; 3.6; 5.5, 8) y la palabra final. Decir que Jesús es el Hijo de Dios equivale a describir su lugar sin igual en el mundo y en la salvación. Ningún otro portavoz ha sido como Él. Podemos apreciar otras voces. Podemos aprender de muchos maestros. Pero, tal como el autor de Hebreos nos dice, la última palabra ha venido en el Hijo de Dios, el cual es diferente de todos los demás.

El autor hace una lista de seis características que hacen inigualable a Jesús, que lo distinguen

de los demás seres. Las palabras suenan como el primer capítulo del evangelio de Juan y como el hermoso pasaje de Colosenses 1.15–20, los cuales describen el estatus inigualable de Jesús. Estas seis características que describen a Jesucristo, resumen todo lo que el autor desea decir de Él en el resto del libro. La historia de Jesús puede estar dividida, tal como este pasaje nos dice, en tres etapas: 1) El papel de Jesús en la creación (“a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder...”), 2) Su vida terrenal como redentor (“... habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados...”), y 3) Su exaltado estatus a la diestra de Dios (“se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”). Por todo el libro, las anteriores son las verdades fundamentales de la fe cristiana. Sin la historia de la vida terrenal de Jesús, el cristianismo se vería reducido al nivel de mito. Por lo tanto, el libro nos recuerda que Jesús fue hombre (2.17; 4.15; 5.8). Sin Su exaltación a la diestra de Dios (8.1), el cristianismo no sería más que una aventura humana.

Las palabras de 1.1–4 describen a Jesús en toda Su dignidad. No hay otro a quien se le puedan aplicar. Estos versículos nos dicen por qué Él es “superior” a los ángeles (1.4) y a Moisés (3.1–6). No es una voz entre muchas.

El autor comienza estos versículos, haciendo algunas afirmaciones acerca de la dignidad de Jesucristo. Él sabe que sus oyentes jamás estarían dispuestos a soportar las consecuencias de seguir a Jesús si el mensaje de Éste se pudiera oír en otro lugar. Si las palabras de Jesús se pudieran hallar en boca de otros portavoces, no habría razón para soportar lo que el seguir a Jesús depara. En consecuencia, la renovación comienza con un volver a las afirmaciones esenciales de nuestra fe: el reconocimiento de que Jesús no tiene rival que se le compare.

ARGUMENTOS SACADOS DE LAS ESCRITURAS (1.5–13)

Cuando el escritor de Hebreos expresa su afirmación acerca de quién es Jesucristo, él siempre se remite a su Biblia, al Antiguo Testamento. Él sabía que el cristianismo no sobreviviría a menos que se le arraigara firmemente en la Escritura. Las afirmaciones que no se fundamentaran en la Escritura habrían sido vacías. Así, en 1.5–13, él fundamenta las majestuosas afirmaciones de 1.1–4, demostrando con las Escrituras que Cristo es “superior a los ángeles” (1.4). Cita siete pasajes del

Antiguo Testamento, la mayoría provenientes de los Salmos, que describen el inigualable estatus de Jesucristo. Es como si la totalidad del Antiguo Testamento fuera la historia de Jesucristo.

¿En qué sentido es Cristo inigualable? El autor no ha hecho estas citas al azar, sino que ha seguido un orden. Ha escogido Escrituras que ilustran los temas más importantes del libro. Los primeros dos pasajes, en el versículo 5 (Salmo 2.7; 2 Samuel 7.14), por ejemplo, reafirman que Jesús es el inigualable Hijo de Dios. El tercer pasaje, en el versículo seis, cita a Deuteronomio 32.43, y sugiere que los ángeles reconocen el inigualable estatus de Jesús. Los versículos del siete al doce, demuestran *de qué modo* es Jesús superior a los ángeles. Se enfatiza reiteradamente el hecho de que Jesucristo es ahora eterno e inmutable. En el versículo ocho, por ejemplo, leemos que el Antiguo Testamento afirma que Su trono es “por el siglo del siglo”. En los versículos diez y once, nos enteramos de que el Hijo, quien creó el mundo (1.2–3), permanece sin que a Él lo alcancen los cambios y la corrupción que los cielos y la tierra sufrirán. “Ellos perecerán, mas tú permaneces” (1.11). La naturaleza está sujeta a cambios, pero el Hijo será siempre el mismo (1.12). Así, la verdad más significativa, acerca del exaltado estatus de Jesús, es que Él, a diferencia de cualquier otro portavoz, es siempre el mismo.

Este “ser el mismo” de Jesucristo es uno de los temas sobresalientes de Hebreos. De hecho, uno de los más memorables pasajes de todo el libro se da cerca del final: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (13.8). Según 7.24, Él es el gran sumo sacerdote que “permanece para siempre”.

Si Jesucristo es el único de entre todos los líderes que permanece siendo “el mismo”, entonces sería absurdo buscar la salvación en algún otro. Sin embargo, tanto los antiguos como los modernos, han tratado de revivificar a la iglesia adaptando el mensaje cristiano a los gustos populares, y no reafirmando que Jesucristo es la palabra final de Dios. Es una tentación para nosotros el mostrar cómo el cristianismo está de acuerdo con alguna filosofía política o causa secular. La iglesia bien podría convertirse en el lugar donde ofreciéramos cursos de “psicología popular”, o de “conocimiento de sí mismo”, como si la respuesta a nuestros problemas se encontrara en estar cada vez más “a la moda”. La epístola a los Hebreos tiene una respuesta diferente. La respuesta para una iglesia cansada, dice Hebreos, es reafirmar nuestra confesión fundamental: Jesucristo es la palabra final de Dios para nosotros. Todas las demás causas desaparecerán.

El crecimiento de nuevos movimientos religiosos de los últimos años es una señal de que las gentes, ante un mundo lleno de cambios y de inseguridad, están buscando un ancla para sus vidas. La velocidad de los cambios le causa estupor a la gente. Ellos observan cómo sus valores, tradiciones y normas del pasado se derrumban. El autor de Hebreos sabía que nosotros hallaríamos esta ancla solamente cuando descubriéramos al único que sigue siendo el mismo, no adaptando la fe a los gustos vigentes.

UNA PALABRA DE EXHORTACIÓN (2.1-4)

Cuando llegamos al “Por tanto” de 2.1, comenzamos a entender por qué un libro, cuyo propósito era despertar a una iglesia cansada, le dedica todo el capítulo uno a la afirmación de la fe de la iglesia. En 2.1-4, el autor demuestra que sus convincentes argumentos del capítulo uno tienen una implicación práctica para la vida de la iglesia. Ahora suena como un predicador preocupado. Se dirige a su iglesia en la primera persona: “... es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos” (2.1); “... ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (2.3). La forma personal de dirigirse a la iglesia es una señal de que el autor es un predicador que se identifica con las necesidades de ella. Cuando él usa el “nosotros”, ello es indicación de que hemos oído algo que debe tomarse con toda la seriedad.

¿Por qué le ha dedicado el autor tanto espacio a argumentos convincentes antes de dirigirse personalmente a su audiencia? Él ve que su comunidad, al igual que las comunidades que nosotros hemos visto, se encuentra en un proceso de deslizarse (2.1). La figura del “deslizarse” es un término náutico. Ella da la idea de una embarcación que va a la deriva sin ancla que la fije en un lugar. Es como si hubiera dicho: “Los cristianos son como una embarcación. Sin un ancla que los afirme ellos van a la deriva sin rumbo alguno”. O bien, como lo dice 2.3, ellos descuidan su gran salvación. La palabra griega que se traduce por “descuidamos” (*ameleo*) fue a menudo usada en el Nuevo Testamento para referirse a las personas que no le tenían aprecio a una cosa valiosa (1 Timoteo 4.14), tal como los invitados de la parábola de Jesús, acerca de la fiesta de bodas, que “sin hacer caso” (*ameleo*) a la invitación, se fueron cada uno a sus ocupaciones respectivas (Mateo 22.5).

Las grandes afirmaciones del capítulo uno han precedido así, a la exhortación de 2.1-4, porque el

autor desea que sus lectores reconozcan qué “salvación tan grande” es la que tienen ellos. Puede que no sea una gran tragedia el que “nos deslicemos”, o si nos “descuidamos”, cuando de una nueva moda se trata. Pero una “salvación tan grande” es demasiado importante como para desecharla. Debe ser tomada muy en serio. El autor dice que “por esta razón” (NASB): “... es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído”. “... las cosas que hemos oído” son demasiado importantes como para no hacerles caso.

Puede que la iglesia esté respondiendo a la apatía que haya en medio de sus miembros hoy día, con un poquito de vergüenza por el contenido de su mensaje. “Las cosas que hemos oído” algunas veces suenan como disco rayado de tanto tocarlo. Puede que la historia cristiana parezca tener necesidad de adaptación a las nuevas ideas. Pero el autor de Hebreos declara que nuestra esperanza reside en que nosotros tomemos seriamente la “salvación tan grande” de la que hemos oído. Tal como lo insinúa 2.3-4, ella ha sido confirmada no solamente en la vida de Jesús, sino también en la de muchos más de los que no se tiene cuenta.

No es ocultando nuestra confesión original en el trasfondo de nuestra fe, como la renovación de la iglesia da comienzo, sino tomando en serio las palabras que confesamos en el momento del bautismo. La renovación de la iglesia no se puede hacer sin un regreso a la única historia que nos sirve de ancla para nuestras vidas. ■

“Algunos predicadores de antaño leyeron sus Biblias estando de rodillas. George Whitefield fue un ejemplo de ello. Éste incluso leyó los comentarios de Matthew Henry estando de rodillas”.

“Es aleccionador... el darse cuenta de cuántos hombres y mujeres, de los que estaban sentados en los bancos de la iglesia, casi no vinieron al servicio aquella mañana”.

William Muehl, *Why Preach? Why Listen?*
(¿Por qué predicar? ¿Por qué oír?)
(Philadelphia: Fortress Press, 1986), 11

“El amor es la bisagra en la que gira la puerta de la hospitalidad para abrirse. Pero así como una puerta tiene bisagras, también tiene su cerrojo. Y el amor jamás le abre una puerta a un lobo —aun si éste viene vestido de oveja”.

Charles R. Swindoll
New Testament Postcards
(*Postales neotestamentarias*), 15